



LA PERCEPCIÓN DE LO SAGRADO

Élder D. Todd Christofferson

De la Presidencia de los Setenta

Charla fogonera del SEI para los jóvenes adultos • 7 de noviembre de 2004
Universidad Brigham Young

He titulado mi mensaje “La percepción de lo sagrado” en alusión al aprecio y a la reverencia por las cosas sagradas. Hablando de la sociedad en general, me temo que muchos de mi generación no hemos sabido transmitir a la suya el sentimiento por lo sagrado y la comprensión de cómo respetarlo.

En la medida de lo posible, espero contrarrestar algunos de los malos ejemplos tan evidentes que les rodean y ayudarles a refinar su capacidad para discernir lo que es sagrado y reaccionar con reverencia ante lo que es santo.

La importancia de la percepción de lo sagrado es bien sencilla: si la persona no aprecia las cosas sagradas, las perderá. Sin un sentimiento de reverencia, tenderá a una actitud cada vez más despreocupada y a una conducta más laxa, alejándose de las amarras que le proporcionan los convenios concertados con Dios. El sentimiento de responsabilidad de esa persona ante Dios disminuirá para luego olvidarse. A partir de entonces, sólo se preocupará de su propia comodidad y de satisfacer sus apetitos desenfrenados. Por último, despreciará las cosas sagradas, incluso a Dios, para terminar por despreciarse a sí misma.

Por otro lado, gracias a la percepción de lo sagrado, la persona progresa en entendimiento y en verdad; el Espíritu Santo se torna su compañero frecuente y, luego, constante; estará cada vez más en lugares santos y se le confiarán cosas sagradas. En contraste con lo que sucede con la indiferencia y la desesperación, su resultado final es la vida eterna.

Paradójicamente, mucho de lo que deseo transmitirles no se puede pasar literalmente de una persona a otra. Debe crecer en el interior del ser humano. Si logro ayudarles a reflexionar en algunas cosas, entonces el Espíritu podrá actuar en ustedes para que ya no me necesiten a mí ni a nadie más para decirles lo que es sagrado o cómo deben reaccionar: lo sentirán por ustedes mismos. Llegará a formar parte de su naturaleza; de hecho, ya es así en gran medida.

En ocasiones, cuando se intenta entender un concepto, sirve de ayuda considerar su lado opuesto. El contraste

lo hace patente. Por lo tanto, al tratar de entender mejor el significado de apreciar y reverenciar las cosas sagradas, consideremos algunos ejemplos de la percepción de lo sagrado y de su ausencia.

1. Los profetas y las Escrituras

Consideremos primero el asunto de los profetas y de las Escrituras. A veces observamos a nuestro alrededor, e incluso en nosotros mismos, la tendencia a tratar ligeramente a los mensajeros de Dios y sus mensajes. Eso no es algo nuevo. Desde Adán, muchos son los que han hecho caso omiso, y hasta atacado, a los que el Señor ha enviado en Su nombre. Jesús describió esto en una parábola:

“Hubo un hombre, padre de familia, el cual plantó una viña, la cercó de vallado, cavó en ella un lagar, edificó una torre, y la arrendó a unos labradores, y se fue lejos”.

Ustedes ya entienden la analogía: el Señor creó una viña para nosotros, esta tierra, y somos Sus labradores en una esfera terrenal alejada de Su presencia.

“Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores, para que recibiesen sus frutos”.

En otras palabras, Dios envía Sus profetas y otros mensajeros para enseñarnos y recibir un informe de nuestra mayordomía.

“Mas los labradores, tomando a los siervos, a uno golpearon, a otro mataron, y a otro apedrearon.

“Envío de nuevo otros siervos, más que los primeros; e hicieron con ellos de la misma manera.

“Finalmente les envió su hijo, diciendo: Tendrán respeto a mi hijo.

“Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y apoderémonos de su heredad” (Mateo 21:33–38).

El peor de los sacrilegios lo constituyó el que Jesucristo mismo, el Hijo de Dios, fuera rechazado y hasta muerto. Y así sigue siendo. En muchas partes del mundo vemos un rechazo cada vez mayor al Hijo de Dios. Se cuestiona Su divinidad, Su Evangelio es tildado de irrelevante, Su

enseñanzas se pasan por alto en la vida cotidiana. Los que legítimamente hablan en Su nombre hallan poco respeto en la sociedad secular.

Si no prestamos oídos al Señor ni a Sus siervos, bien podríamos denominarnos ateos, puesto que el resultado final es prácticamente el mismo. Se corresponde con la descripción que Mormón considera habitual tras largos periodos de paz y prosperidad: "...es la ocasión en que endurecen sus corazones, y se olvidan del Señor su Dios, y huellan con los pies al Santo" (Helamán 12:2). Por lo que debemos preguntarnos: ¿reverenciamos *nosotros* al Santo y a los que Él ha enviado?

Años antes de ser llamado apóstol, el élder Robert D. Hales relató una experiencia que manifestó la percepción que su padre tenía de ese santo llamamiento. El élder Hales dijo:

"Años atrás, mi padre, con más de 80 años, aguardaba la visita de un miembro del Quórum de los Doce Apóstoles un nevoso día de invierno. Mi padre, que era pintor, había hecho un cuadro de la casa del apóstol. En vez de que se le enviara el cuadro, ese amable apóstol deseaba ir a recogerlo en persona y darle las gracias a mi padre. Conocedor de que a mi padre le preocuparía que todo estuviera listo para la visita, decidí pasar por su casa. Debido a la copiosa nevada, los quitanieves habían acumulado una gran cantidad de nieve ante la puerta de la casa. Mi padre había limpiado los pasos de entrada y se estaba afanando por retirar la nieve. Regresó a casa exhausto y dolorido. Al llegar yo, tenía dolores cardiacos causados por el exceso de ejercicio y la ansiedad. Mi primer pensamiento fue advertirle de sus imprudentes esfuerzos físicos. ¿Acaso desconocía cuál sería el resultado de su trabajo?

" 'Robert', me dijo con voz entrecortada, '¿eres consciente de que un apóstol del Señor Jesucristo está camino de mi casa? Los senderos deben estar limpios. No tiene por qué atravesar toda esa nieve'. Entonces levantó la mano y me dijo: 'Robert, jamás olvides ni dejes de valorar el privilegio que es el conocer a los apóstoles del Señor y servir con ellos'" (Robert D. Hales, en *Conference Report*, abril de 1992, pág. 89; o *Ensign*, mayo de 1992, pág. 64).

No es casualidad que un padre así tuviera la bendición de que uno de sus hijos sirviese como apóstol.

Tal vez se pregunten: "¿Considero sagrado el llamamiento de los profetas y los apóstoles? ¿Me tomo su consejo en serio o a la ligera?". El presidente Gordon B. Hinckley, por ejemplo, nos ha aconsejado adquirir estudios y

formación laboral; evitar la pornografía como si de una plaga se tratase; respetar a la mujer; erradicar las deudas generadas por el consumo; ser agradecidos, inteligentes, limpios, verídicos, humildes y aferrarnos a la oración; y que demos lo mejor de nosotros mismos.

¿Son sus hechos una muestra de sus deseos por conocer y hacer lo que el profeta nos enseña? ¿Estudian activamente sus palabras y las de las demás Autoridades Generales? ¿Tienen hambre y sed de eso? Si es así, es que perciben lo sagrado del llamamiento de los profetas como testigos y mensajeros del Hijo de Dios.

Un aspecto importante del oficio profético en todas las generaciones ha sido el registro de la historia y de la palabra de Dios. Las Escrituras son sagradas. Cuando Alma entregó las planchas de Nefi y otros registros a Helamán, le advirtió: "...recuerda, hijo mío, que Dios te ha confiado estas cosas *que son sagradas, que él ha conservado sagradas...*

"...asegúrate de *cuidar estas cosas sagradas*; sí, asegúrate de acudir a Dios para que vivas" (Alma 37:14, 47; cursiva agregada).

Tenemos en nuestras manos un importante volumen de Escrituras, registros que datan desde los primeros patriarcas y que llegan hasta nuestros días. Supongo que tenemos más Escrituras de las que haya tenido cualquier otro pueblo, y sin duda alguna son más accesibles que lo que lo fue cualquier Escritura en el pasado. Estoy convencido de que si ustedes o yo tuviéramos en las manos los rollos originales en los que escribió Moisés, o las planchas de metal grabadas por Mormón, experimentaríamos un profundo sentimiento de reverencia y de asombro, y trataríamos dichos objetos con gran cuidado. Así debiera ser, porque son objetos sagrados gracias en parte a la labor y al sacrificio de los santos profetas que con tanto esfuerzo los prepararon.

Pero el mayor valor de esos objetos no reside en sí mismos, sino en las palabras que contienen. Son sagrados porque son las palabras de Dios, y aunque no tengamos los documentos originales, tenemos las palabras. Por consiguiente, lo que tenemos es santo: las Santas Escrituras.

Habiéndonos permitido poseer el registro de la palabra de Dios, deberíamos preguntarnos si estamos respetando su naturaleza sagrada. Hay quienes han profanado el carácter sagrado de las Escrituras al ridiculizarlas o negar su validez. Obviamente, esto es un asunto muy serio.

Para la mayoría de nosotros, que reconocemos la veracidad de los Libros Canónicos, si alguna vez somos culpables de faltarle al respeto a la naturaleza sagrada de las Escrituras, es por negligencia. Diariamente debemos evitar el riesgo de tratar con ligereza, o incluso de pasar por alto, la palabra sagrada. En 1832 el Señor reprendió a los élderes:

“Y en ocasiones pasadas vuestras mentes se han ofuscado a causa de la incredulidad, y por *haber tratado ligeramente las cosas que habéis recibido*,

“y esta incredulidad y vanidad han traído la condenación sobre toda la iglesia...

“y permanecerán bajo esta condenación hasta que se arrepientan y recuerden el nuevo convenio, a saber, el Libro de Mormón y los mandamientos anteriores que les he dado, no sólo de hablar, sino de obrar de acuerdo con lo que he escrito” (D. y C. 84:54–55, 57; cursiva agregada).

La percepción de lo sagrado comprende el aprecio, e incluso el amor, por las Escrituras. La percepción de lo sagrado nos conduce a deleitarnos en las palabras de Cristo (véase 2 Nefi 31:20; 32:3), lo cual contribuye a agrandar nuestra reverencia por ellas.

2. El cuerpo: el templo de Dios

Ahora otro ejemplo: la naturaleza sagrada del cuerpo físico. Así como Dios y Cristo se merecen nuestra reverencia, también Sus obras se merecen nuestro respeto y reverencia. Ello, desde luego, incluye la prodigiosa creación que es la tierra. No obstante, a pesar de lo maravillosa que es, no es la mayor de las creaciones de Dios. Mucho mayor es la maravilla del cuerpo físico, creado a semejanza de la persona de Dios, y que es vital para nuestra experiencia terrena y clave para nuestra gloria sempiterna.

He tenido la bendición de estar presente en el nacimiento de cada uno de mis cinco hijos. Cada vez me ha parecido una experiencia sagrada. Era evidente que estaba ante un hecho milagroso y divino. Me parece oír a mi esposa que me dice: “Qué fácil es decirlo. No eras tú el que tenía los dolores”. Ciertamente, el nacimiento está bien acompañado de lo que se podría denominar “una verdadera experiencia terrenal”. Admito ante todas las madres que no he tenido que padecer su dolor y que no finjo entenderlo.

Pero, hablando en serio, ¿acaso el padecimiento de una mujer durante la creación de un cuerpo físico no contri-

buye a la santidad de dicha creación y de dicha mujer? Su sacrificio contribuye a santificar algo que ya era santo.

Algunos han supuesto erróneamente que no responden ante nadie por su cuerpo. Sin embargo, se nos dice claramente que seremos responsables ante Dios. “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?

“Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Corintios 6:19–20).

“Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es” (1 Corintios 3:17); “...os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (Romanos 12:1).

¿Cómo debemos preservar la santidad de la más importante y sagrada de las creaciones de Dios? Como mínimo, en modo alguno debemos profanar nuestro cuerpo. Seré más específico: si poseemos la percepción de lo sagrado, no desfiguraremos nuestro cuerpo con tatuajes ni con perforaciones [o *piercings*]. Algunos se extrañan de que el Presidente de la Iglesia haya tomado cartas en este asunto. Les sorprende lo directo y lo concreto de sus palabras al respecto cuando declaró:

“Un tatuaje es *graffiti* en el templo del cuerpo.

“Por el estilo es el perforarse el cuerpo para colgarse múltiples aretes en las orejas, en la nariz e incluso en la lengua. ¿Es posible que consideren que eso es bonito? Es una fantasía pasajera, cuyos efectos son permanentes... La Primera Presidencia y el Quórum de los Doce hemos declarado que nos oponemos a los tatuajes y también ‘a las perforaciones del cuerpo que no sean para fines médicos’. No obstante, no hemos adoptado ninguna postura con respecto ‘a las perforaciones mínimas que se hacen las mujeres en las orejas para usar un par de aretes’... un par” (Gordon B. Hinckley, en *Conference Report*, octubre de 2000, págs. 70–71; o *Ensign*, noviembre de 2000, pág. 52).

¿Por qué el profeta de Dios iba a hablar de cosas que fueran insignificantes? Porque no lo son. Profanar o desfigurar la creación de Dios, Su templo, constituye una burla de lo que es sagrado. Sólo los que han perdido la percepción de lo sagrado pueden considerarlo insignificante. No lo hagan.

La ropa inmodesta también empaña la naturaleza sagrada del cuerpo humano. Se ha echado mano de muchas excusas para justificar la moda inmodesta y la pornografía. Algunos han defendido con denuedo que no se puede legislar para evitar esta expresión, y argumentan que no puede ser malo cuando no hay ley que lo prohíba.

Hace poco se desempolvó una vieja justificación que se utilizó para defender el que los atletas olímpicos posaran desnudos para revistas pornográficas. Un editor manifestó: “Estas mujeres... tienen unos cuerpos estupendos y se les presenta la oportunidad de exhibirlos” (en Steve McKee, “An Olympic Pose Isn’t What It Used to Be”, *Wall Street Journal*, 18 de agosto de 2004, A8). Lo que en realidad estaba diciendo es: “Me merezco ganar un dinero a cuenta de unos cuerpos tan estupendos”.

Cualesquiera que sean las justificaciones, verán que el verdadero motivo implícito bajo la inmodestia es el deseo que tiene alguien de beneficiarse de la excitación sexual de otras personas, el ansia irrefrenable de dinero. El cuerpo es templo de Dios y tanto la pornografía como los atuendos reveladores son una muestra de que los cambistas vuelven a profanar el templo.

Podría referirme a la Palabra de Sabiduría y a un buen número de otras cosas, pero de todo lo que se podría citar como vil para el cuerpo, el acto de irreverencia más dañino, más destructivo y más penoso es el de la inmoralidad sexual, y el de su pariente, el abuso sexual.

Me resulta imposible concebir una profanación más grave de la creación de Dios que el profanar su uso más sagrado. Dicho con sencillez: no deben hacer nada de ese tipo. No se arriesguen ni siquiera a caminar por el borde. “Huid de la fornicación... el que fornicar, contra su propio cuerpo peca” (1 Corintios 6:18). “Huye también de las pasiones juveniles” (2 Timoteo 2:22). “Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros” (Santiago 4:8). “[Presentad] vuestros cuerpos en sacrificio vivo... a Dios” (véase Romanos 12:1).

3. Lugares y momentos sagrados

Consideremos por un instante el asunto de los lugares y los momentos sagrados. Hablando por medio del profeta Ezequiel, el Señor criticó a los sacerdotes de Israel por no haber enseñado el respeto por la naturaleza sagrada de ciertas actividades y lugares:

“Sus sacerdotes violaron mi ley, y contaminaron mis santuarios; entre lo santo y lo profano no hicieron diferencia, ni distinguieron entre inmundo y limpio; y de

mis días de reposo apartaron sus ojos, y yo he sido profanado en medio de ellos” (Ezequiel 22:26).

Gran parte de las palabras del Señor aludían al templo y al día de reposo. Nosotros consideramos que nuestros templos y centros de reuniones, dedicados al Señor, son lugares sagrados. En cada templo se hallan, a modo de recordatorio solemne, las palabras *Santidad al Señor. La casa del Señor*. La percepción de lo sagrado debiera conducirnos a obrar y hablar con reverencia en el interior y en los alrededores de estos edificios, y a vestirnos de cierta forma cuando estamos allí.

Hemos dicho que la ropa inmodesta constituye una deshonra para el cuerpo, la creación más sagrada de Dios. Ahora me refiero a la ropa y a la apariencia inmodesta, informal o desaliñada que en determinados momentos y lugares constituye una burla para lo sagrado de la ocasión o del lugar en sí mismo.

Permítanme poner un ejemplo. Hace algún tiempo, una jovencita de otro estado vino a pasar unas semanas con sus familiares de Salt Lake City. El primer domingo acudió a la Iglesia vestida con una sencilla y hermosa blusa, con falda hasta la rodilla y un suéter liviano. Llevaba medias de mujer y zapatos de vestir; asimismo lucía un peinado sencillo pero cuidado. Su apariencia transmitía una impresión de gracia juvenil.

Lamentablemente no tardó en sentirse fuera de lugar. Las restantes jovencitas de su edad llevaban faldas informales, algunas muy por encima de las rodillas, camisetitas muy ajustadas que a duras penas alcanzaban la cintura de las faldas (otras ni eso), sin calcetines ni medias, y zapatos deportivos o chancas.

Cualquiera hubiese esperado que, al ver a la chica nueva, las demás se hubieran dado cuenta de lo inapropiado de su vestimenta para una capilla y para el día de reposo, y que de inmediato hubiesen cambiado para bien. Es triste decir que no fue así. Fue la chica nueva la que, a fin de encajar, adoptó la moda (si se le puede llamar así) del barrio al que asistió.

Me turba observar que esta tendencia en aumento no se limita a las jovencitas, sino que se extiende por igual entre mujeres de edad, hombres y jovencitos. Años atrás, mi barrio de Tennessee hacía uso de una escuela de secundaria para celebrar los servicios de adoración dominical mientras se procedía a reparar nuestra capilla, dañada por un tornado. Otra iglesia empleaba las mismas instalaciones para sus servicios de adoración mientras se construía su nueva capilla.

Me sorprendió observar la vestimenta que aquellas personas usaban para ir a sus reuniones. Los hombres no llevaban traje ni corbata; parecía que acababan de llegar del campo de golf. Costaba ver a una mujer con vestido o cualquier otra cosa que no fueran pantalones informales o pantalones cortos. De no haber sabido que acudían a aquel centro para asistir a sus reuniones religiosas, habría dado por hecho que se estaba celebrando algún tipo de actividad deportiva.

La vestimenta de los miembros de nuestro barrio era muy buena en comparación con aquel mal ejemplo, pero estoy empezando a pensar que ya no somos tan diferentes, puesto que hay una inclinación cada vez más marcada hacia una norma más baja. Solíamos emplear la expresión “ropa de domingo” y la gente entendía que se refería a las mejores ropas. La ropa variaba, atendiendo a las diferentes culturas o circunstancias económicas, pero no dejaba de ser la mejor.

Es una afrenta para Dios el acudir a Su casa, especialmente durante Su día santo, sin ir arreglados ni vestidos del modo más modesto y cuidado que nuestras circunstancias nos permitan. Cuando un miembro pobre de los montes del Perú deba vadear un río para ir a la iglesia, el Señor no se ofenderá por la mancha de barro que lleve en su camisa blanca.

Pero, ¿cómo no le dolerá a Dios ver a alguien que, pudiendo tener toda la ropa que necesita y más, y sin problemas para ir al centro de reuniones, aparece por la capilla con pantalones vaqueros y una camiseta? Mi experiencia al viajar por todo el mundo ha constatado lo paradójico de que los miembros de la Iglesia con menos medios económicos encuentran el modo de asistir los domingos a las reuniones cuidadosamente vestidos con ropa pulcra y elegante, la mejor ropa que tienen, mientras que los más acaudalados aparecen con ropa informal e incluso desaliñada.

Hay quienes dicen que la ropa o los peinados no importan, que lo que realmente cuenta es el interior. También yo creo que lo realmente importante es el interior de la persona, y eso es lo que me preocupa. La vestimenta informal en los lugares santos y en momentos sagrados es un mensaje de lo que hay en el interior de una persona, y nos dice: “No lo capto. No entiendo la diferencia que hay entre lo sagrado y lo profano”. En esas circunstancias, no tardan en alejarse del Señor. No aprecian el valor de lo que tienen. Me preocupan. A no ser que logren cierto entendimiento y capten parte de la percepción de lo sagrado, corren el riesgo de llegar a perder todo lo que

realmente importa. Ustedes son santos de la magnífica dispensación de los últimos días; actúen como tales.

Estos principios también se aplican a las actividades y a los acontecimientos sagrados en sí mismos o relacionados con aquello que merece reverencia, como son las ordenanzas del sacerdocio: Bautismos, confirmaciones, ordenaciones, administración de la Santa Cena del Señor, bendiciones a enfermos, etcétera. En Doctrina y Convenios se nos dice que en las ordenanzas del sacerdocio “se manifiesta el poder de la divinidad” (D. y C. 84:20). Alma dice que “estas ordenanzas se conferían... para que por ese medio el pueblo esperara anhelosamente al Hijo de Dios, ya que era un símbolo de su orden, es decir, era su orden, y esto para esperar anhelosamente de él la remisión de sus pecados a fin de entrar en el reposo del Señor” (Alma 13:16).

Aprecio a los que efectúan estas ordenanzas y a los que las presencian o las reciben cuando muestran respeto por el sacerdocio y la naturaleza sagrada de lo que está sucediendo.

Aprecio a los presbíteros, a los maestros y a los diáconos que visten camisa blanca y corbata para oficiar en la administración de la Santa Cena.

Aprecio a los hombres que visten camisa y corbata, cuando las circunstancias lo permiten, para bendecir al enfermo. Aprecio a los que asisten a la ordenación de un hombre a un oficio del sacerdocio y visten sus mejores ropas sin importar el día en que se celebre dicha ordenación. Todos ellos demuestran aprecio y respeto por Dios y por el acontecimiento que está en marcha, demostrando así su percepción de lo sagrado.

Así como es sagrado el momento del inicio de la vida, también lo es cuando ésta llega a su fin. Creo que lo mismo se aplica al acto más importante de nuestra vida: el matrimonio, concretamente, el matrimonio eterno. Por este motivo me inquieta ver cómo la gente se torna descuidada, hasta irreverente e irrespetuosa en palabra, en el modo de vestir y en conducta cuando participan en los eventos relacionados con la muerte y con el matrimonio.

Algunos servicios funerarios son motivo para la superficialidad y el humor inapropiado. Los recuerdos personales, adecuados si se emplean con moderación, llegan a ocupar una o dos horas mientras la Expiación, la resurrección del Señor y Su plan de salvación reciben únicamente una pequeña mención.

De vez en cuando la gente asiste a bodas y recepciones de boda con ropa muy informal. Parece que les molesta asearse después del trabajo o de sus actividades recreativas. A través de su manera de vestir dicen que el matrimonio al que han sido invitados a honrar carece de importancia.

Recientemente leí una nota de un hombre que instaba a sus compañeros a vestir chaqueta y corbata cuando aparecieran juntos en un evento público destinado a honrar su organización y sus logros. Su servicio era cívico, no religioso, y no contaba como algo sagrado, pero ese hombre entendía el principio de que ciertas cosas se merecen respeto y que nuestro modo de vestir forma parte de esa manifestación. Dijo que iba a adoptar una apariencia más formal “no porque yo sea importante, sino porque la ocasión lo es”. Sus palabras manifiestan una verdad importante. No tiene nada que ver con nosotros. El actuar y vestirse de modo que honremos los momentos y las situaciones sagradas tiene que ver con Dios.

4. El lenguaje

Cambiando de tema, el lenguaje tiene mucho que ver con la percepción de lo sagrado. Las palabras del Señor evidencian nuestra responsabilidad de lo que decimos: “...de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio” (Mateo 12:36). El rey Benjamín nos advierte que cuidemos nuestros pensamientos y nuestras palabras (véase Mosíah 4:30) y Alma declara que, si no nos arrepentimos, cuando se nos juzgue “nuestras palabras nos condenarán, sí... no nos hallaremos sin mancha...” (Alma 12:14).

Por propia experiencia, ustedes saben que el mundo se está tomando más blasfemo, más soez en el habla, pero no podemos permitirnos caer en esa rutina. El lenguaje soez y vulgar es una ofensa a Dios, a Cristo y a Sus creaciones. Jamás deberemos ser hallados culpables de burlarnos del Salvador como sucedió durante Su Crucifixión.

“Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: ¡Bah! tú que derribas el templo de Dios, y en tres días lo reedificas,

“sálvate a ti mismo, y desciende de la cruz.

“De esta manera también los principales sacerdotes, escarneciendo, se decían unos a otros, con los escribas: A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar.

“El Cristo, Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos. También los que estaban crucificados con él le injuriaban” (Marcos 15:29–32).

La condenación de los hijos de perdicción es que han “[crucificado al Cristo] para sí mismos... exponiéndolo a vituperio” (D. y C. 76:35). No podemos arriesgarnos a decir nada por el estilo ni a pronunciar Su nombre o hablar en Su nombre con ligereza y sin respeto.

En Doctrina y Convenios leemos esta instrucción y advertencia:

“He aquí, soy el Alfa y la Omega, sí, Jesucristo.

“Por tanto, cuidense todos los hombres de cómo toman mi nombre en sus labios;

“porque he aquí, de cierto os digo, que hay muchos que están bajo esta condenación, que toman el nombre del Señor y lo usan en vano sin tener autoridad...

“Recordad que lo que viene de arriba es sagrado, y debe expresarse con cuidado y por constreñimiento del Espíritu; y en esto no hay condenación, y mediante la oración recibís el Espíritu; por tanto, si no hay esto, permanece la condenación” (D. y C. 63:60–62, 64).

Si bien tenemos autoridad para usar el nombre de Jesucristo, debemos hacerlo con cuidado. Su nombre y “lo que viene de arriba es sagrado, y debe expresarse con cuidado y por constreñimiento del Espíritu”. Recordémoslo cuando se nos llame a hablar en la Iglesia o cuando demos testimonio.

En estas circunstancias se espera que concluyamos “en el nombre de Jesucristo”, dando a entender que lo que hemos dicho lo decimos en Su nombre. Debemos poner especial cuidado en lo que decimos y en cómo lo decimos. No hay lugar para tonterías ni estupideces. Por encima de todo, debemos buscar el Espíritu a través de la oración para hablar bajo su influencia y evitar ser condenados.

Me he dado cuenta de que el presidente Gordon B. Hinckley suele terminar sus discursos diciendo “en el *sagrado* nombre de Jesucristo”. No estoy sugiriendo que hagamos lo mismo; no creo que ésa sea su intención ni que sea apropiado que lo hagamos rutinariamente. Antes bien, deseo llamar su atención ante el hecho de que el Profeta tiene un profundo sentimiento de la responsabilidad que conlleva el hablar en el nombre del Señor y que para él es sagrado. Él utiliza ese nombre con reverencia, ése es el ejemplo que debemos seguir.

5. El temor del Señor

Mi último ejemplo podría denominarse “el temor del Señor”. Muchos pasajes de las Escrituras nos aconsejan

temer a Dios. Hoy día la palabra *temor* generalmente se interpreta como “respeto”, “reverencia” o “amor”, es decir, temer a Dios equivale a amarle o respetarlo a Él y Su ley. Habitualmente ésa suele ser la lectura correcta, pero me pregunto si en ocasiones *temor* significa *temer*, como cuando los profetas hablan de temer ofender a Dios al quebrantar Sus mandamientos.

Consideremos, por ejemplo, este proverbio: “Y con el temor de Jehová los hombres se apartan del mal” (Proverbios 16:6). Se describió a Job como un hombre perfecto y recto, “temeroso de Dios y apartado del mal” (Job 1:1). Otro buen ejemplo de esta actitud es José en Egipto. Cuando la esposa de Potifar intentó seducirlo, José respondió: “¿cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?” (Génesis 39:9). Tenía miedo de pecar contra Dios. En la actualidad muchos tildarían su reacción de ingenua; se reirían de su falta de mundanería, no temiendo ellos mismos pecar contra Dios.

José Smith fue corregido en cierta ocasión por no haber mostrado interés suficiente en los deseos de Dios. El Señor le dijo: “...no debiste haber temido al hombre más que a Dios. Aunque los hombres desdeñan los consejos de Dios y desprecian sus palabras, sin embargo, tú debiste haber sido fiel” (D. y C. 3:7–8).

Sostengo que ese temor del Señor, o lo que Pablo llama temor a Dios (véase Hebreos 12:28) debe formar parte de nuestra reverencia por Él. Debemos amarle y reverenciarle hasta el punto de temer hacer algo que sea malo a Sus ojos, cualesquiera que sean las opiniones o la presión de los demás. Moroni nos instó: “...empezad, como en los días antiguos, y allegaos al Señor con todo vuestro corazón, y labrad vuestra propia salvación con temor y temblor ante él” (Mormón 9:27).

Por motivo de que el mundo en general hace caso omiso de Dios, a veces es fácil olvidarse del carácter constante de nuestra responsabilidad de conocer y hacer Su voluntad. La mayoría no comprende, o no cree, que en un día futuro cada uno deberá dar cuenta al Señor de la vida que haya llevado: pensamientos, palabras y hechos. Labrar nuestra propia salvación con temor y temblor equivale a luchar diariamente por las decisiones y las actividades cotidianas a fin de prepararnos para ese día.

Por el hecho de haber sido bendecidos para recibir lo que hemos recibido, podemos avanzar espiritualmente como ningún otro pueblo, pero también corremos más riesgos que nadie. No podemos cometer los pecados de los demás sin traer sobre nosotros una condenación

mayor, pues al pecar, lo hacemos contra una luz mayor. No podemos jugar con las cosas sagradas que tenemos a nuestro cargo y ser considerados igual de inocentes que los que no conocen a Dios.

Dios está pendiente de nosotros para ver si nos mostraremos fieles, y, si tenemos la integridad y la sensibilidad de honrar las cosas sagradas, recibiremos aún más. Pero si no actuamos así, las bendiciones se tornarán en condenación. La actitud correcta es la que manifiesta el Señor en Doctrina y Convenios:

“Por consiguiente, al que ora, cuyo espíritu es contrito, yo lo acepto, si es que obedece mis ordenanzas.

“El que habla, cuyo espíritu es contrito, cuyo lenguaje es humilde y edifica, tal es de Dios, si obedece mis ordenanzas.

“Y además, el que tiemble bajo mi poder será fortalecido, y dará frutos de alabanza y sabiduría, de acuerdo con las revelaciones y las verdades que os he dado (D. y C. 52:15–17).

Aceptemos la súplica paterna de Alma a Coriantón: “¡Oh hijo mío, quisiera que no negaras más la justicia de Dios [al suponer que no hay o no debiera haber castigo para el pecador]! No trates de excusarte en lo más mínimo a causa de tus pecados, negando la justicia de Dios. Deja, más bien, que la justicia de Dios, y su misericordia y su longanimidad dominen por completo tu corazón; y permite que esto te humille hasta el polvo” (Alma 42:30).

Una advertencia

Concluyo con una advertencia. Nuestro entendimiento crece cuando aumenta nuestra reverencia por lo que es sagrado. Las Escrituras lo describen como una luz que “se hace más y más resplandeciente hasta el día perfecto” (D. y C. 50:24). También se lo describe como progresar de gracia en gracia. El Salvador mismo progresó de ese modo hasta recibir la plenitud, y ustedes pueden seguir Sus pasos (véase D. y C. 93:12–20).

Ahí es a donde les conducirá la percepción de lo sagrado. No olviden nunca que, según aumenta la santidad en ustedes y se les confía un conocimiento y un entendimiento mayores, deben tratar estas cosas con cuidado. Antes leímos un pasaje en el que se afirma que lo que viene de arriba es sagrado y debe expresarse con cuidado y por el constreñimiento del Espíritu. El Señor también mandó rotundamente que no debemos echar perlas a los cerdos ni dar lo que es santo a los perros (véase

3 Nefi 14:6; D. y C. 41:6), dando a entender que las cosas sagradas no deben revelarse a los que no están preparados para apreciar su valor y que, en vez de apreciarlas, pueden llegar a atacarlas.

Sean prudentes con lo que el Señor les dé. Es una cuestión de confianza. Por ejemplo, ustedes no compartirían su bendición patriarcal con cualquiera.

El presidente Boyd K. Packer aconsejó en cierta ocasión:

“He llegado también a la convicción de que no es prudente hablar de continuo de experiencias espirituales extraordinarias. Éstas han de guardarse con la debida reserva, y se han de compartir sólo cuando el Espíritu nos induzca a mencionarlas para el beneficio de otras personas.

“Constantemente recuerdo las palabras de Alma:

“ ‘A muchos les es concedido conocer los misterios de Dios; sin embargo, se les impone un mandamiento estricto de que no han de darlos a conocer sino de acuerdo con aquella porción de su palabra que él concede a los hijos de los hombres, conforme a la atención y la diligencia que le rinden’ (Alma 12:9).

“En una ocasión oí al presidente [Marion G.] Romney aconsejar a los presidentes de misión y sus esposas en Ginebra: ‘No digo todo lo que sé, nunca le he dicho a mi esposa todo lo que sé, porque descubrí que si hablaba a la ligera de asuntos sagrados, después el Señor no confiaría en mí’.

“Yo creo que debemos reservarnos todas estas cosas y meditarlas en nuestro corazón, tal como Lucas dice que María hizo con respecto a los acontecimientos divinos que anunciaron el nacimiento de Jesús. (Véase Lucas 2:19.)” (*That All May Be Edified*, 1982, pág. 337).

Todas las cosas sagradas y santas se revelarán y se reunirán en la última y más maravillosa dispensación. Con la Restauración del Evangelio, la Iglesia y el sacerdocio de Jesucristo, tenemos en nuestras manos una cantidad casi incomprensible de cosas sagradas. Casi es una bendición excesiva el haber nacido en esta época y en lugares donde hemos recibido las enormes bendiciones con las que soñaron los profetas de épocas pasadas y anhelaron tener. No podemos ser negligentes ni permitir que se nos escabullan.

En vez de caer en la despreocupación, ruego que su vida aumente en una mayor precisión con respecto a la obediencia. Espero que piensen, sientan, se vistan y actúen de modo que muestren reverencia y respeto por las cosas, los lugares y los momentos sagrados.

Ruego que la percepción de lo sagrado destile sobre sus almas como rocío del cielo. Ruego que les permita acercarse más a Jesucristo, que murió, resucitó, vive y es nuestro Redentor. Ruego que les santifique como Él es para que se sienten en Su reino y no salgan ya más (véase Alma 7:25). En el nombre de Jesucristo. Amén.